

memoria libertaria



40 años del asesinato de Valentín González

La transición española fue esa etapa histórica en la que se pactó un cambio para que nada cambiase: los mismos militares golpistas, los mismos policías represores, los mismos jueces de las condenas a muerte, los mismos políticos que llevaron uniforme falangista... siguieron formando la estructura central del régimen que Franco dejó atado y bien atado.

Eso sí, hubo que remozar la fachada. Se convocaron elecciones, se legalizaron partidos y sindicatos, se cambió el aguilucho imperial del escudo por la corona borbónica y se ratificó al rey que el sanguinario caudillo había designado previamente. Esta es la modélica Transición que tanto sigue asombrando al mundo (o eso nos dicen) y casi nueve lustros después seguimos sin condenar a los verdugos y sin rehabilitar la memoria de las víctimas, cuyos restos siguen perdidos por cunetas y fosas comunes sin que sus familiares los hayan podido recuperar, identificar y darles digna sepultura.

Pero no es de las cientos de miles de víctimas del franquismo de las que íbamos a hablar aquí y no hemos podido evitar recordarla. El compromiso era escribir de las muertes violentas, de los crímenes, del posfranquismo que tanto está durando. Nuestra peculiar y ordenada salida de la Dictadura acumula la cifra de 600 personas asesinadas, que se dice pronto, pero que representan otras tantas vidas truncadas, multitud de luchas re-

primadas, de sueños rotos. Fueron seis centenares de muertes producidas en las comisarías, en las manifestaciones, en los piquetes de huelga, etc. a manos de las fuerzas del nuevo orden democrático, de grupos paramilitares o de bandas fascistas.

La geografía y la memoria de nuestro país guardan el recuerdo de estos asesinatos, el nombre de tanta gente inocente ejecutada. En València también tuvimos nuestros episodios de brutal represión, y sus víctimas. Todas lloradas y añoradas, pero ninguna tan cercana como la figura de Valentín González Ramírez, joven anarcosindicalista muerto -como consecuencia del disparo a bocajarro de una pelota de goma- en la huelga del Mercado de Abastos el 25 de junio de 1979. Con sus veinte años, Valentín no era un militante conocido de la CNT, ni siquiera tenía una responsabilidad especial en aquella huelga legal. Simplemente estaba donde quería estar, luchando solidariamente por sus derechos. Cuando la policía cargó brutalmente contra un pacífico piquete de huelguistas, Valentín González acudió a socorrer a su padre (también estibador y afiliado) que estaba siendo apaleado salvajemente por aquellos energúmenos uniformados de gris. El impacto de la bala de goma reventó su joven corazón.

Pese a no contar en aquellos tiempos con los medios de comunicación que la técnica pone hoy a

nuestro alcance, la noticia se extendió muy pronto por aulas, barrios, fábricas, obras y polígonos industriales. Antes incluso de que todos los sindicatos obreros se hubieran puesto de acuerdo para convocar una huelga general para el día 27, los paros empezaron a producirse en todos los sectores laborales de València y su comarca.

Aquel 27 de junio de 1979 se realizó la huelga más generalizada y contundente de cuantas han tenido lugar en esta ciudad desde el final de la guerra civil; la industria, la construcción, el transporte y el resto de los servicios públicos, el comercio y la hostelería, absolutamente todo se paralizó para sumarse al duelo de la familia y los compañeros de Valentín. El entierro se convirtió en la mayor manifestación celebrada en la ciudad: más de 300.000 personas acompañaron al cuerpo sin vida del joven anarcosindicalista desde el Hospital Clínico hasta el Cementerio General.

El juicio, nada tuvo que ver con la justicia y el crimen, se zanjó con una multa ridícula de 2.000 pesetas y ningún condenado. Se echó tierra sobre la responsabilidad del delegado gubernativo (entonces el Gobernador Civil) y los mandos policiales responsables de la represión. La democracia, su democracia, se imponía a base de palos y sentencias.

Pero el pueblo no olvida y nunca se aceptó la versión oficial. En 1992 en una reunión de militantes de

grupos anarquistas, celebrada en el Ateneo Libertario Al Margen, se acuerda relanzar la idea de rendir homenaje a Valentín González y reclamar que el instituto que ocupó parte del antiguo mercado de abastos pasara a llevar su nombre. Se recogieron cientos de firmas, se recabó el apoyo de partidos y organizaciones de la izquierda valenciana y, aunque no se arrancó el cambio de nombre del colegio, se logró que desde entonces cada 25 de junio haya contado con la habitual concentración en la puerta de Abastos.

Al Margen, la CGT y la CNT han estado siempre entre los convocantes de estos actos de reivindicación de la memoria. En 2009 una delegación de la CGT negocia con el ayuntamiento valenciano y se consigue el permiso para que la organización coloque una placa en recuerdo de Valentín. La familia y varios medios de comunicación asisten al emotivo acto de la inauguración.

Tras varios años más de contactos, se forma una plataforma que se encarga de reclamar al consistorio (para entonces ya en manos de la izquierda) la dedicación de una calle a Valentín González, lo que se materializa en 2016 con la dedicación a nuestro difunto compañero del pasaje que atraviesa el viejo recinto; precisamente por el que se accede al instituto que inicialmente se reclamaba para llevar su nombre.

Unas semanas antes la CGT había terminado el montaje de

un documental "Valentín, la otra transición" sobre aquellos trágicos sucesos, con entrevistas y material histórico que constituye un amplio y valioso estudio sobre esa convulsa etapa política y social. El documental, con posterioridad a su masivo estreno en los Cines Aragón y después de pasarse por numerosos locales, ya está en YouTube¹, y lleva miles de visitas.

Como resultado de lentas y delicadas negociaciones de la plataforma que trabaja por la recuperación de nuestra memoria colectiva, se ha logrado que este 25 de junio de 2019 -coincidiendo con el 40 aniversario de la muerte de Valentín González- por fin se pueda inaugurar el monumento que lo recuerde para siempre, en el mismo lugar en el que cayó mortalmente herido.

Para la CGT la culminación de la larga batalla para reivindicar la memoria de este compañero -y la de todas aquellas personas que como él fueron reprimidas por luchar por los derechos y las libertades de la clase trabajadora- supone una gran satisfacción y un orgullo por haber contribuido a transmitir a las jóvenes generaciones una importante página de nuestra historia.

¹https://www.youtube.com/watch?time_continue=2&v=DMeiGW2eD5E

memorialibertaria



Cádiz recuerda a Guillermina Rojas

Un recuerdo muy oportuno. Ocupar las calles con nombres de personas que se lo merecen

El pasado 7 de mayo, diversas organizaciones sociales —ateneos libertarios y entidades feministas y el sindicato de Enseñanza de la CGT— organizaron un acto que contó con la presencia de familiares y de la profesora Gloria Espigado, quizás la máxima autoridad académica sobre el tema, para recordar la figura de Guillermina Rojas Orgís. La internacionalista de la que, recientemente, el Ayuntamiento de Cádiz ha dado su nombre a una céntrica glorieta de la ciudad.

De sobra es sabido el significado que tienen los lugares públicos de las ciudades. Las disputas que sobre ellos se abren no son mera casualidad, ni siquiera cuando los propios protagonistas lo ignoran. Por poner un par de ejemplos, citemos los litigios que se han abierto por los diversos intentos de retirada de simbología franquista y cambios de nombres de calles. Algunos de ellos han terminado hasta en los tribunales. Siguiendo la lógica actual de judicializar la vida pública del país. Por ello tiene su importancia en la elección municipal. Sobre todo en una sociedad en la que la presencia de los sectores fuera del oficialismo partidario y social tienen un escaso margen de presencia. Incluso se procura la negación de su existencia.

Cierto es que la figura de Guillermina no supone, en la actualidad, ningún problema indisoluble. De hecho nadie en la ciudad, ni siquiera la derecha integrista tan vigilante a cualquier cosa que pueda utilizar contra el

ayuntamiento. Por cierto, el de Cádiz, desde el domingo 26 de mayo, es el último bastión resistente de la política surgida del 15-M. De hecho, seguramente, el desconocimiento de su figura por la ciudadanía es prácticamente total. Por lo que el nombramiento queda reducido, en su significación pública actual, a un mero ejercicio de conocimiento académico.

Precisamente la realización del acto, y la petición de colocar un panel indicativo sobre su persona, va en la dirección no sólo de dar a conocer quién fue Guillermina, sino también hacer presente la vigencia de la mayoría de las ideas que defendió: educación laica y progresista, libertad de la mujer y organización obrera, por citar algunas. Rescatarla para la actual lucha social sacándola de los polvorientos anaqueles de la Academia.

Recordemos al lector quién fue esta mujer de origen canario, formación gaditana y activista madrileña, cuyo destino, al igual que el de otros centenares de españoles, prácticamente desapareció en la represión cantonalista de 1873, en las bodegas de un buque con rumbo a las posesiones españolas de los Mares del Sur. Un hecho que no es casual. El Estado español nunca se ha caracterizado, entonces y hoy, por su cintura para ampliar su base social e ideológica. Le ha gustado más el palo que la zanahoria. Sobre todo en tiempos, ¿tan lejanos?, cuando la organización obrera era considerada “la idea filosófica del crimen”.

Guillermina Rojas Orgís es una figura especialmente significativa de la vida popular de la España del último tercio del siglo XIX. De los años durante los que la burguesía española cerró su ciclo revolucionario, si así puede llamarse el imperfecto cierre de la conformación del actual Estado liberal hispano y del momento en el que se gestaron las primeras organizaciones obreras en torno a la Internacional. En ese contexto su figura se sitúa entre las más radicales. No sólo por sus actividades sociales, sino también por su compromiso con un feminismo radical muy alejado del sufragismo que por aquellos años también se desarrollaba. Hasta el punto de granjearse antipatías y condenas incluso entre sus propios correligionarios.

Fue maestra y costurera; activista rebelde ante el destino que le estaba reservado como mujer y trabajadora; colaboradora de prensa; oradora de club de palabra fácil; militante de sociedades femeninas y obreras, y política que transitó del republicanismo federal al anarquismo. Sin olvidar su intervención en las agitaciones callejeras, como su coetáneo y compañero de ideas en Cádiz, Fermín Salvochea, en las que era capaz de agitar a la masa y aún de capitanearla en las barricadas.

Por revolucionaria y mujer es símbolo de quienes piensan que son posibles otros futuros diferentes a los que propone el pensamiento único. Hace casi 150 años ella trabajó por construir en

una dirección diferente a la que marcaban los tiempos que le tocó vivir. Hasta el punto que pagó su osadía con la losa del silencio y el olvido. Todavía hoy es difícil reconstruir su devenir biográfico.

Sabemos que nació en la población tinerfeña de Puerto de la Cruz el 25 de junio de 1848. Sus padres, zapatero y costurera, en 1854 se instalaron en Cádiz. Guillermina aprendió el oficio de su madre, pero en 1866 solicitó el ingreso en la Escuela Normal de Magisterio. Terminados sus estudios, comenzó a trabajar en la escuela pública de niñas que se había creado en el convento desamortizado de San Francisco. Sin embargo, su relación con la enseñanza fue breve. En agosto de 1869 la abandonó en desacuerdo con los métodos y contenidos que se utilizaban. Comenzó a trabajar de costurera. Para entonces ya estaba integrada en el republicanismo y era la presidenta del Círculo femenino Mariana de Pineda. Allí se creó una escuela para mujeres adultas. A la vez que tenía contactos con el obrerismo pro internacionalista de la sociedad Hércules, germen de la federación local de la AIT gaditana.

En 1871 estaba ya en Madrid. Desconocemos exactamente las causas que la llevaron a instalarse en la ciudad castellana. Quizás estuviera implicada en los tumultuosos acontecimientos que siguieron a la revolución de septiembre de 1868 y que terminaría con la aparición de partidas armadas repu-

Hace casi 150 años ella trabajó por construir en una dirección diferente a la que marcaban los tiempos que le tocó vivir. Hasta el punto que pagó su osadía con la losa del silencio y el olvido

blicas y el exilio del propio Salvochea. Quizás fuera a Madrid, y se quedara, a la asamblea del republicanismo federal celebrada en mayo al calor de los acontecimientos de la Comuna parisina. El caso es que, desde la primavera de este año, comenzó a frecuentar el Club Emancipación Social, instalado en la antigua platería de Martínez frente al Jardín Botánico. Poco a poco se convirtió en una militante conocida en la ciudad que participaba en actos, en la vida del partido y escribía en la prensa internacionalista como *La Emancipación*.

Fue tras uno de estos actos celebrado, en octubre de ese año, en el Teatro Rossini, cuando su nombre adquirió una gran popularidad. Era un acto en protesta por la posible ilegalización de la Inter-

nacional e intervino la plana mayor del obrerismo madrileño. Entre ellos, Anselmo Lorenzo, José Mesa y Pablo Iglesias. Allí, Guillermina censuró la propiedad individual por injusta; la idea de patria por antihumanitaria, y la constitución de la familia existente por deficiente respecto del cuidado de los hijos y tiránica respecto de la mujer. Para escándalo de muchos se declaró defensora del amor libre y contraria al matrimonio, propugnando la libertad de conciencia religiosa, lejos de la tutela pernicioso de la Iglesia católica. El escándalo fue mayúsculo. La prensa madrileña la atacó sin piedad, incluido *El Debate* que dirigía Benito Pérez Galdós, y llegó a mantener una polémica con el escritor malagueño Francisco Flores García.

En febrero de 1872 era la secretaria del consejo local de la Federación madrileña y, cuando la escisión marxista, tras unas primeras dudas, terminó por inclinarse por el socialismo antiautoritario. Después, durante el primer año de existencia de la Primera República, participó en el motín que tuvo lugar en el barrio de Antón Martín, en donde se le vio armada. Quedan rastros de su colaboración con la prensa federal. Así, en el diario *Los Descamisados*, publicó un poema con el significativo título de “¡Amor libre!”.

Tras el fin de la Primera República, parece que se refugió en Murcia en donde actuó como secretaria, o corresponsal, local de la AIT en esa localidad. Después su pista se va difuminando. Sabemos que fue deportada desde Cartagena hacia las islas españolas en los Mares del Sur. También que pasó por las Filipinas y que terminó sus días, con una edad avanzada, en México. Desde el país americano existe una petición al ayuntamiento gaditano del expediente como maestra de Guillermina.

De todas formas, su figura pasó a formar parte de la leyenda y, de vez en cuando, era recordada. El historiador y filólogo Manuel de Saralegui y Medina, hacia 1907, hacía un comentario opuesto a la emancipación femenina en un artículo titulado “Feminismo... o cosa así”. En él recordaba una copla que había oído en su niñez que se cantaba en Cádiz y que decía: “Guillermina, Guillermina / No voyas al Comité, / Que esas son cosas de hombres, / No son cosas de mujer”. Galdós, en *Amadeo*, la tercera novela de la quinta serie de los *Episodios Nacionales* escrita en 1910, la recordaba en los sucesos de Antón Martín. Como Anselmo Lorenzo, en *El proletariado militante* (1901-1923), recordando el mitin del teatro de los Campos Elíseos madrileños.